

PRÓLOGO

Los historiadores rehabilitan y restauran periódicamente la Historia, repasan los conocimientos previos, asumen presuntos aciertos y proponen nuevas aproximaciones a una realidad ya periclitada. De la conjunción de las novedades documentales con los enfoques historiográficos más recientes resulta un edificio histórico reformado. Esta labor, acometida hoy en día con unos resortes insospechados en épocas anteriores, ha hecho de estos escritores unos abanderados fundamentales de la reconstrucción de la memoria colectiva de los tiempos preteritos. Una memoria histórica para llegar a ser calificada como tal debe divulgarse entre la comunidad científica de historiadores, ser valorada de forma positiva por ésta e irradiarse al conjunto social, única manera de superar el autismo cientificista y de que deje de ser tan sólo un saber propio de “eruditos” o específico de científicos con un muy limitado enganche social y cultural.

Es fundamental la propagación de los conocimientos históricos, como elementos primordiales de la cultura contemporánea, entre otras razones para evitar la repetición reiterada de certidumbres históricas ya fenecidas, por tanto, seudo-históricas. Es esencial descubrir y trasladar al acervo común de conocimientos lo aprehendido y asimilado por los historiadores, si se quiere, al menos, que una parte de la sociedad salga de la neblina de los mitos, de las leyendas y de los tópicos de carácter histórico, que han contribuido a deformar la imagen real de la Historia. No está de más recordar que los tres ingredientes señalados en el párrafo anterior son igualmente componentes del menú que va a cocinar el historiador, pero precisamente por ello han de ser limpiados y depurados adecuadamente para que el lector pueda “saborear el plato” en toda su pureza, sin que los olores embriagadores y el colorido barroco disfracen el alma de la historia con ropajes aparentes, que dificultan la comprobación de los hechos históricos y nos mantienen en la ignorancia más supina o en el engaño relativo. De esta forma lo escrito por los historiadores se acabará convirtiendo en uno de los núcleos bási-

cos de la memoria colectiva de los hombres y mujeres, sea aquella convergente o divergente.

Desde este punto de vista, recordar nuestro pasado es rememorar una parte de los procesos sociales y políticos que han contribuido a la identidad cultural del presente de un pueblo, de una ciudad, de una comunidad política o de una nación. Ahora bien, la literatura histórica requiere de una metodología rigurosa de carácter científico, porque mal nos iría a todos si los “cronistas de la historia confeccionada en el siglo XXI” dejaran volar su imaginación, hasta el punto de manipular aviesa o inocentemente los orígenes en que se asienta la idiosincrasia actual de las gentes. Estos comentarios y observaciones tienen una relevancia especial, si en verdad los historiadores son piezas claves, consideradas imprescindibles, en la conformación del imaginario colectivo que la sociedad contemporánea y las elites sociales se hacen de sus ascendientes históricos.

Eric Hobsbawm escribió en la segunda mitad del siglo XX que “*la responsabilidad pública del historiador...se apoya...en el hecho...de que los historiadores profesionales son los principales productores de la materia prima que se transforma en propaganda y mitología*”. Es sabido, por tanto, que los historiadores y sus obras proyectan sobre la sociedad unas determinadas imágenes e identidades históricas. Ésta es una de las razones que debe estimularles a redactar los productos de sus investigaciones con un método y rigor de carácter científico, así como a no perder de vista entre sus propósitos el de evitar que sus conclusiones rayen la loa, lo panegírico y lo propagandístico. Este tipo de contenidos, cuando existe, debe combinarse con aquél otro que busca el esclarecimiento de realidades supuestamente más difusas, turbias y turbulentas. Se trata de no fabricar representaciones estereotipadas fijas, difíciles de sacar de la cabeza de los lectores, una vez visualizadas e interiorizadas tras una lectura detenida o superficial en un libro de historia local, regional o más general. Proceder desde una sola perspectiva, en cierto modo, es un insulto a la propia memoria histórica.

Pues bien, la publicación del libro titulado *La oligarquía de Salvatierra en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna (Una contribución al estudio de las elites dirigentes del mundo urbano alavés, 1400-1550)*, que tengo el privilegio de prologar, cumple con los requisitos previamente señalados: en primer lugar rehabilita el panorama histórico local, en segundo lugar es un instrumento formidable para propalar el conocimiento histórico a un círculo relativamente amplio de personas y en tercer lugar la pedagogía y enseñanza propuestas en la monografía nos pone en presencia de un buen trabajo de investigación elaborado con unos métodos y criterios habituales en los centros universitarios europeos. De hecho el catálogo de preguntas formulado a la documentación utilizada se nutre de las hipótesis y planteamientos históricos esgrimidos por los medievalistas que se ocupan de estudiar los entramados de

poder y los comportamientos y actitudes sociales e individuales de las oligarquías y elites urbanas.

El resultado de todo ello es la composición de una obra de gran interés para la historiografía alavesa, vasca y española, así como determinante para el estudio histórico de la villa de Salvatierra, cuyos vecinos tienen la oportunidad de leer y conocer un trozo de su historia pasada, en una obra bien escrita, documentada y meticulosa, que pone nombre y apellido a los protagonistas de los cambios y transformaciones sociales, económicas y políticas operados en el curso del siglo XV y de la primera mitad del siglo XVI. La relevancia de los personajes analizados en la vida política local, su influencia social o su poderío económico se conectan con las luchas y las intrigas políticas que vivieron y también padecieron. Estos hombres y mujeres sobre los que nos ilustra el autor también se proyectaron políticamente en una organización de gran porvenir institucional para la Provincia de Álava, las Hermandades Alavesas, pero asimismo en la administración general de la Corona de Castilla y de la Iglesia católica, donde alcanzaron cargos destacados en la Corte y en los tribunales de la Inquisición, auspiciada y fundada a fines del siglo XV por los Reyes Católicos.

Familias de renombre como los Santa Cruz, Oquerruri, Zumalburu, Paternina, Villanueva, Zuázola, Alangua, Arrarrain, Vicuña, Luzuriaga, Lazárraga, Heredia, Gauna, etc., han dejado paso a otras nuevas con el discurrir de los años y de los siglos, en un largo espacio de tiempo que comprende todo el XV y los primeros años del XXI. En todo caso, los gobernantes de la villa de Salvatierra dieron diferentes respuestas a los problemas que se les plantearon, según los distintos contextos históricos en que estuvieron insertados. En el período objeto de estudio en este libro, los políticos locales de la villa de Salvatierra consiguieron un logro intensamente querido por la mayoría de la población desde fines de la Edad Media: escapar del señorío del linaje de la Casa de Ayala. Ello no ha sido óbice, pese a todo, para que entre los descendientes directos de esta última familia, uno de sus miembros continúe intitulándose Conde de Salvatierra.

El estudio que nos presenta Francisco Javier Goicolea Julián examina de forma minuciosa las relaciones familiares, sociales y políticas de las oligarquías y elites urbanas de la localidad alavesa de Salvatierra. Por otra parte incorpora información relevante, desglosada en cuadros y gráficos, a lo largo del desarrollo textual de la monografía, además de un rico apéndice documental con una serie de textos que constituyen uno de los pilares de la investigación. Sin duda, la publicación de este libro viene a cubrir una parcela de la historia de la villa de Salvatierra escasamente considerada hasta la fecha y me atrevería a añadir que prácticamente olvidada por la historiografía atenta de manera específica con esta comarca. Con todo, es más importante señalar que estamos igualmente ante un buen modelo de referencia, susceptible de ser aplicado a otras poblaciones de características similares.

Es de justicia felicitar a Francisco Javier Goicolea Julián, doctor en Historia por la Universidad del País Vasco, profesor de Historia Medieval de la Universidad de La Rioja y buen conocedor de la Historia Medieval de la Comunidad Autónoma de La Rioja, por el esfuerzo intelectual realizado en el diseño y elaboración de una investigación histórica bien concebida y mejor acabada. Asimismo me parece importante destacar el hecho de que esta obra haya sido promovida por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Rioja, cuyos responsables, reconociendo con acierto el valor intrínseco de esta investigación histórica, le han dado el empujón definitivo que va a hacer posible su adquisición en las librerías y que pase a ocupar un espacio en las estanterías de las bibliotecas públicas y privadas, eslabones necesarios en la cadena del conocimiento.

Vitoria-Gasteiz, 20 de mayo de 2007

Ernesto García Fernández
Catedrático de Historia Medieval
Universidad del País Vasco